

CUATRO ANTONIOS EN LA POESÍA LEONESA

Francisco Martínez García

Me pide Eduardo Martínez -leonés, poeta, amigo- un croquis significativo y válido de la poesía reciente y actual de/en León. Y se me ocurre que la petición puede quedar cumplida trazando yo ese croquis en cuatro trazos que son cuatro nombres. Sé que todo croquis debe ser -y es-, por su misma naturaleza léxica, algo «hecho a ojo», una suerte de «tanteo», y, por tanto, el orillamiento consciente de toda pretensión de profundidad y definición acabada. Conozca, pues, el lector desde el principio el talante o tono con que han sido escritas estas líneas que ofrezco a su atención o curiosidad.

La elección de cuatro nombres -y no cinco, ni tres- tiene carácter pragmático: Que los cuatro sean Antonios es puro -y no creo que ilegítimo- capricho mío: el señalar en la nómina, largamente nutrida, de poetas leoneses únicamente a cuatro impone silenciar a todos los demás; si los cuatro señalados son Antonios, quedan inapelablemente -y con seguridad, injustamente- silenciados los Vicentes, los Pedros y los Juanes. ¡Cosas --como se ve- de la aritmética y del capricho, en beneficio de la eufonía del título de un leve artículo! No -quede claro- cosas de olvidos programados o de despectiva inconsideración.

He aquí mis cuatro Antonios, nombrados de mayor a menor según la cuenta de los años en la andadura vital de cada uno de ellos: Antonio Pereira, Antonio Castro, Antonio Gamoneda y Antonio Colinas.

Y he aquí ya unas rápidas líneas sobre el primero de mis Antonios: ANTONTO PEREIRA.

El hombre y su obra

Antonio Pereira -hoy peripatético impenitente, cuidada barba entrecana y abundosa cabellera cenicienta, autodidacta apasionado y ordenado, ciclotímico, finísimamente cordial, ojos mansamente embalsados, avariento hasta la usura de dilatados espacios íntimos de reflexiva soledad, dedos delgados y fríos enlazados a la espalda, empedernido viajero de frecuentes huidas a los puntos más distantes y distintos del planeta, «vagabundo con sordina», «espíritu fronterizo», «hombre de negocios» al que «encanta ser un escritor provinciano y hasta diocesano», leonés inteligente, sensibilidad de junco berciano universal -nace en Villafranca del Bierzo- la

Atenas de la cultura berciana- en 1923. Infancia y adolescencia ambientadas por «el sonido de hierro» en la modesta tienda familiar. Estudios de Bachillerato en una recoleta y prestigiosa academia local -la del sacerdote don Manuel Santín- de la Calle del Agua, justo frente por frente de los balcones de la casa en la que nació en 1815 Enrique Gil y Carrasco. Afición temprana a la literatura y con más urgencia, a la poesía -él mismo ha confesado, saliendo al paso de un extendido tópico que le atribuye una llegada tardía a la poesía, que dio por empezar a escribir "de una manera lamentablemente precoz»-. Mediada la década de los oscuros años cuarenta, se afinsa en la ciudad de León y conecta con lo que por entonces y en el campo de la poesía se hacía aquí; y lo que aquí se hacía era la, con toda justicia, históricamente famosa revista «Espadaña»: en ella publica tres sonetos. Participará ya en casi todas las posteriores revistas leonesas de poesía: «Altano», «Claraboya», «Alcance»; y comenzará su colaboración en los periódicos locales, provinciales, y, más tarde, en los nacionales («La Vanguardia», «ABC», «Ya», «Informaciones», etc.).

De los puntos de su pluma -nunca usa bolígrafo- ha ido brotando desde entonces, verso y prosa, de manera incansablemente pulidora, correctora, revisadora, suprimidora, censuradora, la tinta que impregna en fecundación -renglones muy separados- la hostil y provocadora blancura virginal de los amplios folios. Es el suyo un «mester» doloroso que culmina en el placer del texto, una vez nacido y lanzado a la vida pública: «A mí -afirma- no me gusta escribir; lo que me gusta es haber escrito».

Estos son los títulos de los libros publicados hasta la fecha. Poesía: *El regreso* (Adonais, Madrid, 1964); *Del monte y los caminos* (El Bardo, Barcelona, 1966); *Cancionero de Sagres* (Arbolé, Madrid, 1969); *Dibujo de figura* (El Bardo, Barcelona, 1972) y *Contar y seguir, 1962-1972* (Plaza y Janés, Barcelona, 1972: recoge este tomo los cuatro poemarios señalados y agrega otros dos conjuntos: Situaciones y Memoria de Jean Moulin. Narrativa: *Una ventana a la carretera* (Rocas, Barcelona, 1967), Premio «Leopoldo Alas» 1967, cuentos; *Un sitio para Soledad* (Plaza y Janés, Barcelona, 1969), novela; *La costa de los fuegos tardíos* (Plaza y Janés, Barcelona, 1973), novela; *El ingeniero Balboa y otras historias civiles* (Magisterio Español, Madrid, 1976), relatos; *Historias veniales de amor* (Plaza y Janés, Barcelona, 1978, cuentos: son retomados todos los de *Una ventana a la carretera*, excepto uno, y se añaden otros nuevos pero ya aparecidos en periódicos y revistas); *País de los Losadas* (Plaza y Janés, Barcelona, 1978), novela. Me dice Antonio Pereira que aparecerán en breve otros dos libros suyos: *El sitio del inglés*, cuentos, y *Piedras para mí centenario*, poemas.

El poeta.

¿Poeta? ¿Narrador? Las dos cosas al tiempo, mutuamente interrelacionadas y alimentándose recíprocamente para bien, Pero si el arte -la literatura, la poesía, en consecuencia- es creación en cuanto asimila la tradición en negatividad -es decir, en cuanto la conoce en profundidad justamente para no copiarla en epigonismo servilmente imitador- y, por tanto, en cuanto significa el ofrecimiento eficaz de algo distinto a todo lo existente en el campo estético respectivo, y desafiador del Tiempo -esa afilada guadaña igualadora, ese apretado cedazo seleccionador, ese maestro inapelable- en una actualidad perenne, supratemporal -no es otro el renovado y renovador significado de los «clásicos»-, Pereira quiere, con vehemencia de iluminado, que su supervivencia estética se cifre, se ancle y se haga consistente en la obra poética: «Si pienso -ha dicho- en cómo me gustaría que me recordasen 'después', diré que como poeta lírico, cuanto más lírico, mejor»; y confiesa honestamente que lo que le gustaría de corazón escribir es «un poema, último y definitivo, que lo repitiera de memoria la gente de mi pueblo, cuando yo ya no esté en este barrio»,

Dejado aparte, pues, por razones evidentes, el tratamiento siquiera somero de la obra en prosa -cuento, artículo, novela-, me ceñiré a la obra en verso de Antonio Pereira subrayando algunos rasgos -muy pocos- que me parecen lo suficientemente caracterizadores como para que su poesía pueda ser distinguida de cualquier otra, lo cual, por otra parte, es un primer requisito inesquivable -la entidad única, individualizadora y diferenciada- de toda obra estética.

Arrancando de unas pocas ideas teóricas, meridionalmente nítidas, sobre la finalidad de arte, sobre la mayéutica que debe vigilar el alumbramiento de todo texto literario, sobre eso que tradicionalmente se ha venido llamando «inspiración », sobre la eficacia de la conexión comunicativa, sobre la discutida cuestión de la identidad o no entre poesía y vida, sobre la poesía misma como consolación, etc., me dice Pereira: «Para mí, la poesía consiste en dos cosas: primera, amor por la palabra precisa; segunda, tratamiento económico de los temas».

En efecto, para Pereira la creación literaria es acto de economía, un exorcismo práctico anatematizador de cualquier asomo -por mínimo que sea del despilfarro verbal: precisión formal, pues, amparada en una sobriedad monacal y en una austeridad espartana.

Pero, nada en arte -ni en otros ámbitos- nace por generación espontánea: todo, de algún modo -aunque a veces ese modo resulte misterioso-, hunde sus raíces en lo real -en lo real «real», o en lo real imaginario, fingido, sentido o posible, es decir, en lo verosímil aristotélico- personalmente vivido-experimentado- y captado a

través de esos -de alguno con preferencia a los otros- instrumentos a los que los escolásticos llamaron sentidos, externos o internos, y de las funciones que a cada uno se le asigna tradicional y prácticamente.

El sentido, obsesivamente aludido -y manejado- en la poesía de Antonio Pereira es el de la vista, en su profundísima función de observar: la observación es, por ello, nota peculiarmente acentuada en esta poesía y rito eficazmente aniquilador de la superficialidad, de la frivolidad y de la permisibilidad acrítica. A mi personal modo de entender es aquí donde la poesía del villafranquino tiende al lector incauto una de sus trampas más logradamente sutiles: la de hacerle creer que se encuentra ante una poesía desvitaminada y prosaica, Sépase: en Pereira, todo -y la poesía más que ninguna otra cosa- está en el borde, en la raya, en la frontera; al quedarse corto o el pasarse -bien que sea tan siquiera levísimamente- es el grave riesgo que el lector corre cuando se acerca a su obra sin precauciones. Pereira engaña, ofusca, justamente por su nitidez, blanca autenticidad y condenadora de toda falsedad.

La red temática

Paréceme, en este contexto, muy oportuno dar cuenta de algunos nudos -entiéndase, si se quiere, «campos semánticos»- que, concretados en forma de temas, tienen una relevancia mayor en este «corpus» o tejido (que eso significa texto) poético .Y le dan su consistencia más resistente. Pereira ha hablado «de un solo y largo mensaje» en toda su obra. Y Miguel Dolç ha escrito acerca del «único libro» de Pereira. ¿Cuál es ese mensaje? ¿Cuál ese libro único? Consciente de que toda simplificación es inevitablemente una explicación incompetente -o, al menos, incompleta-, tengo para mí que ese mensaje, largo y único, integra, con plena seguridad, estos tres puntos, temas, obsesiones o recurrencias troncales -lo que quiere decir, evidentemente, que existen otros que no apuntaré aquí-:

1) *El regreso*, De la poesía de Pereira se desprende que el hombre es una simple vocación o llamada a la modestia, lo que significa que la vida ordinaria, la cotidiana -toda la vida, toda vida-, es mera costumbre, rutina vulgar. El viajar es quebrar esa costumbre, salir de esa rutina, alejarse. Pero viajar no es tan sólo el mecánico cambio de lugar sobre la piel geográfica del planeta; viajar es huir, salir, alejarse uno mismo de sí mismo por los caminos del pensamiento, del sentimiento, del dolor, de la duda, del miedo, del recuerdo, de la nostalgia, de la utopía". Paradójicamente, en este «viaje» -que es alejamiento y lejanía- el hombre no encuentra nada plenamente gratificador. En consecuencia, se hace inevitable la urgencia del regreso a la costumbre, del retorno a la rutina, a la inicial modestia vocacional, a la tierra, a las raíces, al suelo empedrado de las verdades, a la ciudad, a

la casa, al amor... Estamos -bien se ve- ante el mito del eterno retorno. La dialéctica «marchar/regresar» hace de la poesía de Pereira una cosmología, una visión del mundo, una filosofía, una ética, tal vez también una teología.

2) *La vecindad*. La vida -esa rutina, resultado dialéctica del binomio «marchar/regresar»- es en la poesía de Pereira algo así como el recinto acotado de equilibrio inestable de una plaza mayor a la que confluye por calles, simétricas o no, la vida del pueblo, redonda de vecindad -recuérdese que «vecino» significa precisamente aldeano, habitante de aldea-. Consiguientemente, este es el modelo ideal propuesto: hacer del mundo una plaza mayor aldeana en la que el amor surja del conocimiento mutuo de los hombres y de su convivencia en cuanto próximos (prójimos). Estamos ante un humanismo medular, tierno, integrador y universal. Y, como resulta claro, con la vecindad queda eficazmente denunciada y consagrada la «cotidianidad». Ser hombre, pues, consiste visceralmente en una consciente y responsable afirmación de vecindad cotidianamente interhumana, a lo largo del trayecto de un viaje de regreso en soledad acompañada de otras soledades hacia la soledad total...

3) *El erotismo*. Pereira, irónico, fino y tierno, maneja el tema del erotismo con un dominio tan exacto y acertado del mecanismo «alusión/elusión», que provoca la sonrisa de los inteligentes y hace reflexionar sobre aquello que apenas es insinuado y es percibido apenas. Barthes escribió: « El lugar más erótico del cuerpo ¿no es acaso allí donde la vestimenta se abre?», Léanse los versos de Antonio Pereira y se tropezará el lector con una de las contestaciones más estéticamente atinadas a tan singular pregunta.

Universidad de León

Punto final

Basta ya. Bien sé que no he tratado el aspecto más entrañado de toda poesía que es su organización formal. Lo aparté con plena consciencia por no aburrir al lector con las inevitablemente tediosas formulaciones técnicas. Espero se acepte esta deficiencia mía, aun a costa de la irremediable incompletez del croquis pretendido.

Pero estoy convencido de que, si a lo que escrito queda sobre Pereira añadimos su leonesismo entrañable como argumento confirmador de los tres nudos -o campos léxicos- señalados, ya que se constituye en punto irrenunciable de partida y de regreso, de vecindad, de cotidianidad y de erotismo, tendremos una pista fiable de acceso, por medio de la lectura, a la poesía de este observador impenitente, de este escritor «de alto fuste y de entraña vigorosa, intencionada y pícara», de este

monje laico de palabra austera y sobria que bebe a sorbos lentos, pausados, en la fuente Castalia la verdad más pura y el verbo más elementalmente poético.

Sirva un solo ejemplo como punto final: sea el poema justamente titulado «Afirmación de vecindad». Canta en él Pereira de este modo:

Soy de una tierra fría, pero hermosa.

Aquí la nieve, la esperanza helada
de que se alumbre cada madrugada
el destino difícil de la rosa.

Y me basta. Me basta si esta cosa
que nombramos amor o sueño o nada
se la puedo cantar a quien me agrada,
a quien conmigo está y en mí reposa.

Queden en el dorado mediodía
la pronta floración bajo otros cielos
y los mares con lunas navegables...

Yo, con vosotros. Dando cada día
testimonio de cómo entre los hielos
abre el amor sus minas imborrables.